

DE LETRAS

PLA, EL PATRIARCA

Hay coincidencias que abisman. Al cabo de año y medio de dejar Barcelona, y de apenas recordar a su literatura, sentí de pronto la necesidad de volver a Josep Pla, un autor que frecuenté con cierta asiduidad porque éramos varios quienes lo admirábamos y porque escribía regularmente en una revista (*Destino*) que, por razones de trabajo, yo leía todas las semanas. Así, aproveché el reciente viaje de un amigo catalán a México, le pedí que me trajera un ejemplar de *El quadern gris* y me puse a releerlo de inmediato. La coincidencia se dio a los pocos días: un cable de EFE informó de la muerte de Pla, ocurrida a sus ochenta y cuatro años de edad y en su masía de Llofriu, en el Ampurdán, una región catalana situada a varios kilómetros de Barcelona, en dirección a la frontera francesa. Es fácil, cuando alguien muere, lamentarse y, más que eso, honrarlo: queda bien, y si se trata de un desconocido es hasta elegante. Me curo en salud y advierto que fueron muchas las ocasiones en que, muy cerca del lugar donde Pla murió, leí solo o acompañado de amigos parte de su obra. Sospecho que la nostalgia de esas ocasiones, sumada a mi rescate de los años catalanes, y sobre todo a la

condición autobiográfica de *El quadern gris*, fue lo que me llevó a releer a Pla en este momento. Pero soy injusto. O, para mayor exactitud, mezclo cuestiones que nada tienen que ver entre sí. Porque Pla admite y concita la relectura sin que para ello haya que apelar a motivos circunstanciales. Por puro gusto.

No voy a hablar, porque no sabría hacerlo, de la importancia y proyección de Pla en la literatura catalana —sus vínculos con compañeros de viaje como Josep María de Segarra, Joan Oliver o Francesc Trabal, sus aportaciones a esa promoción generacional, su relación crítica con el Noucentisme, su contribución a la sobrevivencia y evolución de la propia lengua catalana. Tampoco puedo opinar sobre lo que pasó entre él y los catalanes. Era algo así como un "patriarca proscrito" al que si por un lado se acusaba de conservador y reaccionario (fue franquista, escribió muchísimo en castellano, tenía una lengua implacable), por otro se reverenciaba y admiraba. Reverencia y admiración, es cierto, que demasiadas veces observé manifestarse *à contre coeur*. En todo caso, las idas y venidas de Pla con el catalanismo, y de éste con él, ilustran la permanente y tensa cuerda floja en que se mueve, y actúa, todo nacionalismo. Y menos aún puedo aventurarme —entre otras cosas porque el tema me tiene sin cuidado— en lo que tanto preocupa, por ejemplo, a un Joan Fuster: la postura de Pla ante las clases sociales, su adhesión o rechazo a la burguesía del Principado. No, de nada de eso me es posible decir algo medianamente razonable. Puedo, en cambio, argumentar en favor de mi decidida militancia en las

filas de quienes quieren bien a Pla.

¿Qué era, para él, la literatura? Apoyándose en De Santis, contestaba que "és el reflex d'una societat determinada en un determinat moment". En su caso, esa sociedad —si así puede llamarse— fue la conformada por los pagasos, la ruralía del Ampurdán, un grupo al que nunca cesó, horacianamente, de cantar y celebrar. No lo hizo apelando a la elegía o a la epopeya, aunque algo hay de ambas en muchas de sus páginas, sino apretando el pedal de una escritura que encontraba sus mejores aliados en el coloquialismo, en la observación directa y aguda, en el rescate de una frase dicha al pasar, de una actitud apenas esbozada, de un feliz giro verbal. Pero —bueno es precisarlo— esa aproximación no tenía como objetivo la radiografía imparcial o el testimonio rigido. Pla, que era muy irónico, y tenía mucho oficio periodístico en el que ampararse, desdénaba el registro meramente documental. Le interesaba, siempre, descubrir la gracia de la vida. Por ejemplo, y es un recuerdo de lectura que crece en la memoria, narrar los avatares de la demorada, astuta y casi cínica conversación de una pareja espoleada por el deseo en el espacio mínimo de una barca, en una noche estrellada, en una de las numerosas calas del Mediterráneo catalán. Escribir Mediterráneo es mencionar uno de los puntos centrales de Pla. La suya era, y cuánto, una sensibilidad hondamente mediterránea —y la afirmación, formulada así, se entiende o no se entiende. Quiero decir: la calidad de la prosa, su textura y su paso y su soporte, más que la gente y los paisajes que la pueblan, es mediterránea. Y quizá ésa sea la razón que explica que Pla no haya sido, como era previsible, un provinciano empedernido. O, en todo caso, ser un provinciano empedernido que vive en, y escribe sobre, el Mediterráneo, es ser mucho, al menos bastante más de lo que se sospecha. En temperamento, en atributos y —permítase la reiteración— en sensibilidad. Temperamento, atributos y sensibilidad que Pla encontró entre la ruralía ampurdanesa y quiso —y logró— preservar en una obra abultada y opulenta. ¿Cómo no habría de alcanzar tal designio si ésa era, justamente, la manera de que él estaba hecho?

Danubio Torres Fierro

